

Sepulturas olvidadas

Las necrópolis fenicias de la vertiente meridional del círculo del estrecho

Juan Antonio Martín Ruiz Doctor en Historia Universidad de Málaga

Sesumen

Uno de los aspectos peor conocidos sobre la colonización fenicia en la vertiente meridional del Estrecho de Gibraltar es el concerniente a sus necrópolis. A pesar de haber quedado relegadas a un segundo plano como resultado de un registro arqueológico deficiente, su estudio aporta datos de indudable interés para la reconstrucción histórica de dicho proceso en este territorio.

One of the aspects worse known on the Phoenician settling in the southern slope of the Strait of Gibraltar is the relating one to his(her,your) necropolis. In spite of having remained relegated to a background as result of an archaeological deficient record, his(her,your) study contributes information of undoubted interest for the reconstruction historically of the above mentioned process in this territory.

No cabe duda que en los últimos años se han producido importantes avances en el conocimiento de la colonización fenicia en la franja meridional del denominado Círculo del Estrecho, aun cuando es cierto que éstos aún no alcanzan la cantidad y calidad que han proporcionado los yacimientos semitas localizados en su vertiente norte. Sin embargo, estos indudables avances no han conseguido todavía que el estudio de sus áreas de enterramientos siga siendo una de sus facetas peor conocidas.

Creemos que este hecho se debe a varios factores como serían, de un lado, el que en no pocas ocasiones se trate de excavaciones antiguas realizadas con muy escasa o nula metodología y con una documentación por regla general bastante deficiente, en tanto, por otro lado, a ello se suma el hecho de que buena parte de las mismas fueron saqueadas ya desde hace mucho tiempo, lo que nos impide no sólo

conocer siquiera a grandes rasgos cuál pudo ser su contenido, sino también, como resultado de ello, poder establecer con un mínimo de precisión su ubicación temporal.

Por otro lado, también es preciso tener en cuenta que, al igual que sucede en otros ámbitos próximos como puede ser el tartésico en el sur de la Península Ibérica, en ocasiones no es una empresa fácil distinguir una sepultura fenicia de otra indígena, algo que se hace particularmente interesante en el caso de la región de Tánger, tan pródiga en hallazgos funerarios de estas fechas y que en última instancia solamente podrán clarificarse sin reservas mediante la realización de análisis de ADN antiquo.

Por nuestra parte pretendemos llamar la atención sobre estos hallazgos funerarios de carácter fenicio en la zona norteafricana, tan vinculada con el denominado Círculo del Estrecho (Fernández-Miranda, Rodero, 1995: 10-17), para

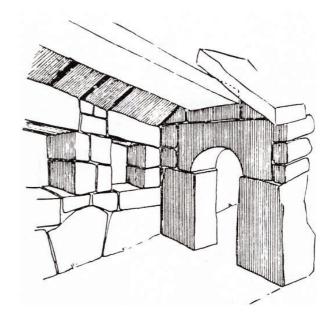
lo que realizamos una visión de conjunto en la que se sintetizan los hallazgos efectuados hasta el momento, al mismo tiempo que se examina la información que estos enterramientos puedan facilitarnos de cara a la reconstrucción de sus prácticas rituales, componentes religiosos, estructuración social, etc.

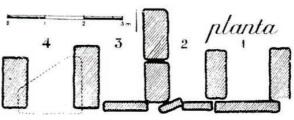
Las áreas de enterramiento

Comenzando por la vertiente atlántica cabe citar en primer lugar el emplazamiento de Mogogha (figura 1), donde en 1909 se localizó en la cima de un montículo un hipogeo del que podemos hacernos una idea gracias a su planimetría. Éste consiste en una cámara que presenta varios nichos en sus paredes laterales y posterior, cámara a la que se accede mediante un arco de medio punto tras pasar por una antecámara hecha con piedras de formato más irregular, cubriéndose mediante una techumbre a dos aguas. A pesar de que se carece del menor dato acerca de su ajuar, lo que ha planteado dudas sobre su adscripción cultural (Ponsich, 1982: 434), ha sido fechada entre los siglos VI-V a. C. (Ponsich, 1967: 26-30; Tejera, 1979: 36).

Otro enterramiento en cámara, que en esta ocasión parece que no estuvo aislado, es el descubierto en 1923 cerca del Cabo Espartel, más concretamente en Ras Achakar (Ponsich, 1967: 30-35; Tejera, 1979: 36), y de la que tenemos aún, si cabe, menos información que de la anterior. Aún así, parece tratarse de una cámara con nichos y techumbre plana socavada en la cima de una pequeña colina, de la que afortunadamente conocemos algunas piezas de ajuar consistentes en fragmentos de cáscaras de huevo de avestruz (López, Mederos, 2009: 28) y joyas de oro y plata, como un anillo que tal vez llevó un escarabeo, un fragmento de una pulsera, dos pendientes "de canastilla" y otro fusiforme, los cuales han sido fechados en el siglo V a. C.

Otras sepulturas nos llevan hasta Lixus, sin duda el centro fenicio más destacado de esta zona y que parece tuvo varias necrópolis, una de ellas al este del hábitat y otra al oeste del mismo en una pequeña elevación, si bien cabría incluir en ellos los enterramientos posteriores de época romana (Tarradell 1950: 250-253: García v Bellido, 1951: 233). En la primera de estas necrópolis se alude a la existencia de un posible hipogeo rectangular carente por completo de ajuar tras haber sido saqueado, mientras que en la segunda zona de enterramientos se documentaron, además de otro hipogeo más pequeño del que como en el caso anterior nada sabemos acerca de su contenido y características, un total de cuatro tumbas en cista de piedra con restos de incineraciones y una inhumación posterior (figura 2). Los ajuares recuperados en estas tumbas, mal conocidos en términos generales, incluyen importaciones itálicas (campanienses, lucernas, vidrio), algún que otro microlito y sobre todo ungüentarios helenísticos, sin olvidar una posible caia de madera v restos de fauna -coneios v defensas de jabalí-. Para su excavador (Tarradell, 1950: 255) este conjunto debe situarse en una fecha muy temprana como es el siglo I d. C., aunque pensamos que la presencia en ellas de numerosos ungüentarios helenísticos





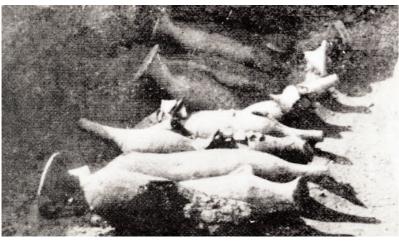
(figura 1) Dibujo de la cámara funeraria de Mogogha (Fuente: M. Ponsich). (figura 2) Planta de las tumbas de Lixus (Fuente: M. Tarradell).

podría retrotraer esta datación a fechas algo más antiguas, como son los siglos II-I a. C., sin excluir que algunos materiales tardíos puedan adscribirse a su reutilización. También para este mismo lugar disponemos de algunas escuetas noticias acerca de la reciente excavación de un pequeño hipogeo con inhumaciones, el cual ha sido datado en el siglo V a. C., y que contenía un recipiente ritual con asas de mano y un cazo de bronce de tipo chipriota (López, 2002: 28-29).

De este mismo lugar proceden tres estelas funerarias, una de ellas escrita en púnico y las otras dos en líbico-púnico (figura 3), las cuales fueron halladas reutilizadas en los muros del asentamiento y se fechan entre fines del siglo IV y el III a. C., si bien en la primera de ellas todavía se discute si se trata, efectivamente, de un texto funerario o bien debe vincularse con cuestiones de carácter cultual (Ponsich, 1982: 438; Tarradell-Font, Ruiz, 2005: 190-192).

Ya en la franja litoral mediterránea debemos detenernos en la vertiente oriental del Cerro de San Lorenzo en Melilla, la antigua Rusadir, donde desde 1904 se excavaron una serie de tumbas de incineración e inhumación fechables entre los siglos II-I a. C., así como otras más recientes ya de época altoimperial (Fita, 1916: 545; Fernández de Castro, 1987: 131-132). Estas sepulturas, que siempre albergaban individuos inhumados, consistían en fosas excavadas en la







(figura 3) Estela libio-fenicia de Lixus (Fuente: N. Tarradell-Font; L. A. Ruiz). (figura 4) Vista de las antiguas excavaciones en la necrópolis de Cerro de San Lorenzo (Fuente: E. Gozalbes). (figura 5) Ungüentario helenístico de Cerro de San Lorenzo (Fuente: E. Gozalbes).

roca base del cerro que, en algunas ocasiones, se cubrían con varias ánforas completas dispuestas alternativamente v cuyo número variaba entre tres y nueve, pero siempre ofreciendo una cifra impar (figura 4). Del mismo modo se ha comentado la posible aparición de parte de un hipogeo, si bien es éste un dato que necesita de una mayor comprobación (Gozalbes, 1991: 84, nota 69bis). Entre los materiales recuperados podemos citar los vasos cerámicos integrados por ánforas adscribibles a los tipos Mañá C2b. T.7.4.3.3 y T.7.4.3.2. de J. Ramón (1992: 99-100), y en las que se ha constatado la existencia de algunas marcas escritas en neopúnico, bien del alfarero o del propietario del producto, una de las cuales llevaba el teóforo bdstrt que ha sido traducida como "en las manos de Astarté" o "al servicio de Astarté", en tanto en otra se lee ba (Fuentes, 1986: 52; Jongeling, Kerr, 2005: 54). Este teóforo se encuentra con seguridad en el ámbito septentrional del Círculo de Estrecho incluso con la misma cronología (Vidal, 2003: 206) y, posiblemente, también en su vertiente meridional, aunque en este caso el grafito de Mogador al que hacemos alusión muestra cierta dificultad en su lectura al no hallarse completo (López, Ruiz, 2006; 225). Así mismo podemos mencionar la presencia de cuencos, ollas, platos, jarritos, tapaderas, algún askós zoomorfo y sobre todo los ungüentarios fusiformes helenísticos, sin que en modo alguno olvidemos las cerámicas campanienses que M. Tarradell (1954a: 9-10) consideró importaciones, en una de las cuales se grabó nuevamente el teóforo bdstrt. Igualmente son varias las joyas que integran estos ajuares, como sucede con los aretes y pendientes de oro con forma de paloma, junto a anillos de cobre y varias cuentas de collar de ágata pertenecientes, sin duda, a diversos collares (Gozalbes, 1991; 80-91).

Una última necrópolis sería la ubicada en la parte norte del islote del Faro de Rachogun. En este inhóspito lugar, donde también se excavó un pequeño asentamiento, se documentaron hasta 106 sepulturas, 9 de ellas inhumaciones dentro de fosas, y el resto incineraciones en el

interior de urnas para lo que se emplearon vasos ovoides, Cruz del Negro, pithoi y ejemplares "á chardón", o bien dentro de fosas que igualmente fueron socavadas en la roca que conforma el islote (Vuillemot, 1955: 8-62; Tejera, 1979: 34; Esquivel et alii, 2000: 1172-1174). Sus ajuares muestran cerámicas fenicias a torno decoradas con engobe rojo, con formas que incluyen platos, cuencos y jarros de boca de seta y trilobulada, así como pintadas, caso de los vasos Cruz del Negro y pithoi, o sin decorar como corroboran las ánforas, ungüentarios y lucernas exhumadas. Junto a estas producciones cerámicas cabe citar otras confeccionadas a mano que cabe considerar como tartésicas, además de fusayolas y joyas realizadas en oro, plata, bronce y cobre, tales como anillos, medallones, pendientes o brazaletes. Otros objetos broncíneos encontrados en este lugar serían las fíbulas anulares hispánicas, así como hasta tres tipos distintos de broches de cinturón: el tartésico de doble gancho, el de tipo placa y el céltico. A todo ello debemos sumar el armamento fabricado en hierro como evidencian las puntas de lanza, así como unos posibles elementos de armaduras en bronce, sin que por supuesto dejemos de mencionar alguna que otra cáscara de avestruz ni los diversos útiles líticos que, en algún caso, conforman un amuleto, o los estuches porta-amuletos y los restos de conchas marinas y ovicápridos.

Finalmente, no queremos dejar de mencionar en estas páginas la media docena de discos cerámicos procedentes de las tumbas de Tamuda, si bien carecemos de datos concretos sobre las circunstancias de su descubrimiento, y en los cuales vemos representadas rosetas de seis pétalos, una tocadora de aulos o flauta doble sentada frente a una palmera, o a una mujer montada sobre un caballo marino, escenas a las que muy posiblemente cabría atribuir un sentido religioso (Tarradell, 2007: 2626-2627). Sin embargo, en este caso concreto el problema radica en la imposibilidad de determinar si estos discos provienen efectivamente de algún enterramiento semita o, por el contrario, debemos relacionarlos con indígenas que se los llevaron consigo a su última morada.

Aiuares funerarios

Hemos de confesar que, por regla general, tenemos muy poca información sobre este aspecto, si bien es posible formar con ellos una serie de grupos que sintetizamos en el siguiente cuadro:

	Mogogha	Ras Achacar	C. S. Lorenzo	Lixus	Rachogun
Cerámica torno			-	-	-
Cerámica mano					-
Armamento					-
Útiles líticos				-	-
Amuletos					-
Joyas		-	-		-
Marfil					-
C. Huevo Avestruz		-			-
Pasta vitrea					-
Fíbulas					-
Broches de cinturón					-
Rec. con asas de mano				-	
Objetos metálicos				-	

Como podemos apreciar con toda rotundidad es la necrópolis de Rachgoun la que ha proporcionado una mayor diversidad de ajuares, lo que se explica por el hecho de ser la que ha sido objeto de una excavación más extensiva, de manera que es este yacimiento el que nos informa sobre los materiales pertenecientes a las etapas más antiguas, los siglos VII-VI a. C., pudiendo obtenerse algún dato también sobre el siglo V a. C. merced a algún hallazgo de Lixus. Los demás enterramientos nos hablan ya de una etapa en la que, pese a la clara incidencia romana, perduran todavía los elementos materiales propios del ámbito semita occidental.

Respecto a estos primeros siglos podemos apreciar la presencia de vasos cerámicos a torno fenicios junto a otros hechos a mano de claro sabor tartésico, por lo que, o bien hemos de admitir que los fenicios hicieron uso de estos recipientes en un ámbito tan conservador como es el funerario, o es preciso admitir la existencia de algún contingente poblacional indígena conviviendo junto a los fenicios en este lugar (Esquivel et alii, 2000: 1170-1171). Entre los recipientes a torno encontramos varios tipos de técnicas decorativas como pueden ser la pintura o el engobe rojo que cubre distintos vasos, como las urnas Cruz del Negro, pithoi, ánforas, jarros de boca trilobulada y de

seta (Peserico, 1996: 238), platos, cuencos, ungüentarios, askois zoomorfos y ollas, en tanto los elaborados a mano están representados por ollas y vasos "á chardon".

Para los momentos más avanzados va cercanos al cambio de Era cabe indicar el predominio de la cerámica carente por completo de decoración, acorde con la tendencia imperante en esos momentos y que muestra formas como ollas con sus correspondientes tapaderas, askois zoomorfos, jarritas y cuencos, junto a la abundancia que muestran los ungüentarios helenísticos como eiemplifica el cerro de San Lorenzo (figura 5), aspecto en lo que se muestra plenamente acorde con lo que vemos en otros puntos del litoral andaluz, como pueden ser Cádiz o Málaga (Martín, 2004: 93-95), Así mismo, podemos comprobar la existencia de otras importaciones como serían las lucernas v los vasos campanienses, en algún caso con un grafito neopúnico, y cuyo número parece ser reducido como por otra parte sucede normalmente en las necrópolis fenicias occidentales.

La existencia en una tumba lixita de un recipiente ritual con asas de mano acompañado de un iarro de origen chipriota, v que se han datado en el siglo V a. C., nos remite al ámbito de las libaciones funerarias como vemos en el caso de la Península Ibérica, ámbito donde son bien conocidas v donde, casi con toda probabilidad, hava que buscar el taller que fabricó el recipiente con asas de mano, taller que tal vez pudo estar emplazado en Gadir como se ha sugerido o bien en algún centro indígena del Bajo Guadalquivir, siendo la segunda pieza de este tipo aparecida en el continente africano tras un asa de otra pieza descubierta en Cartago que se fecha en el siglo VII a. C. (Aubet, 1986; 125-127), En cuanto al cazo de tipo chipriota. cabe recordar que se relaciona directamente con otro similar hallado en el propio asentamiento de Lixus v cuva cronología se sitúa algo antes, en el siglo VII a. C. (Aranegui. Tarradell-Font: 2001: 28-29).

En cuanto a las joyas, las encontramos en todas las fases en lugares como Ras Achacar, Rachgoun y Cerro de San Lorenzo, con formas como pendientes, unas veces consistentes en simples aretes y otras más complicadas como los denominados "de cestillo" (figura 6), muy comunes en las tumbas indígenas de la zona tangerina (Ponsich, 1967: 56, 81 y 116; López, 1995: 109), junto a otros pendientes que también pueden llegar a mostrar bellas decoraciones zoomorfas, así como los característicos del tipo "hezem", medallones, brazaletes y anillos, todos ellos fabricados con materiales que incluyen el uso del cobre, el bronce, la plata y el oro, en tanto el ágata se empleó para la confección de cuentas de collar.

Hablando ya de los amuletos conocidos en las tumbas de Rachgoun que podemos mencionar la presencia de escarabeos con motivos egiptizantes, aun cuando es posible que uno de los anillos basculantes hallados en la cámara de Ras Achacar portase alguno, así como de los estuches porta-amuletos e incluso de algunos amuletos realizados en piedra, concretamente cuarcita (Vuillemot, 1955: 36-37).







(figura 6) Pendiente en forma "de cestillo" de Cabo Espartel (Fuente: M. Ponsich).

Muy escasas son las cáscaras de huevo de avestruz puesto que hasta el momento sólo se han localizado algunos fragmentos en Ras Achakar (López, Mederos, 2009: 28) y restos quemados en un enterramiento de la necrópolis de Rachogun, las cuales resultan ser más habituales en las sepulturas indígenas como reflejan las descubiertas en la región de Tánger (Vuillemot, 1955: 37; Savio, 2004: 42).

En cuanto a los restos líticos documentados, hemos de confesar que se trata de unos elementos muy poco habituales en el mundo funerario colonial, si bien también en algún yacimiento hispano podemos encontrar algún ejemplo, como puede ser el caso de la necrópolis de Puente de Noy, en el que han aparecido (Martín, 2004: 81). Aún así, su aparición en tumbas de Rachgoun o Lixus, con unas cronologías muy

alejadas una de otra, nos habla de la perduración que tuvo este elemento en este ámbito funerario durante varios siglos.

Por otro lado, Rachgoun nos muestra una serie de objetos, como serían las fíbulas anulares y los broches de cinturón en forma de placa, de doble gancho y tipo céltico, que nos aportan una doble información por cuanto, de un lado, son piezas directamente vinculables con el registro arqueológico del sur y este de la Península Ibérica, mientras que, por otro lado, se trata de producciones propias del componente indígena peninsular pero no así del mundo fenicio (Esquivel et alii, 2000: 1116), ya que estos aditamentos para la vestimenta nos hablan de un tipo de ropas, mantos y cinturones, que en absoluto son característicos de su indumentaria.

Es también ésta la única zona de enterramientos que nos ha facilitado armamento, elementos por otra parte muy poco habituales en las sepulturas fenicias y que en este caso consisten en puntas de lanza con nervio central fabricadas en hierro, así como unas placas broncíneas que se ha considerado pudieran haber conformado el cuerpo de una armadura (Vuillemot, 1955: 29-30), pues resulta difícil considerar como armas los cuchillos afalcatados, también realizados en hierro, puesto que muy bien pudieron tener diversas funciones más cotidianas.

Los ritos fúnebres

Si como acabamos de comprobar nuestra información sobre los ajuares funerarios de las necrópolis fenicias ubicadas en el área norteafricana es bastante limitada, esta falta de datos se acrecienta aún más, si cabe, si lo que pretendemos ahora es reconstruir los diversos ritos que llevaban a cabo cada vez que se producía el fallecimiento de un miembro de estas comunidades.

Quizás el más visible sea el propio rito elegido para el tratamiento del cuerpo a la hora de efectuar los enterramientos, es decir, la inhumación o la incineración del cadáver. El primer caso lo encontramos en Rachgoun, aun cuando de forma minoritaria, el hipogeo de Lixus y el Cerro de San Lorenzo, en tanto el segundo ha podido documentarse en Lixus y Rachgoun (Tarradell, 1969: 229). Como vemos, ambos ritos son utilizados a lo largo de los siglos sin que parezca existir una preferencia por uno u otro, si bien es preciso tener en consideración el bajo número de necrópolis conocidas pues basta observar que el predominio en términos absolutos de las incineraciones se debe tan sólo al hecho de que la mayor parte de las tumbas de una sola necrópolis, como es Rachgoun, inclina decisivamente la balanza a su favor.

Respecto a la disposición interna de los diversos elementos de ajuar cabe indicar que, en lo concerniente a la necrópolis del Cerro de San Lorenzo, pudo apreciarse cómo junto a la boca de los difuntos solía colocarse un jarro, mientras que en el cuello vemos la frecuente aparición de una lucerna y que en los pies solía depositarse un cuenco, en tanto los numerosos ungüentarios helenísticos se repartían sin un orden aparente por toda la sepultura (Fernández de Castro, 1987: 132; Tarradell, 1954b: 258). Un detalle que llamó la atención de sus excavadores fue la presencia en la cubierta de estas tumbas de una tierra con una coloración totalmente distinta a la que cabría hallar en el cerro, por lo que éstos pensaron que debió traerse ex profeso para estos enterramientos (Fernández de Castro, 1087: 231)

La aparición de elementos metálicos como el recipiente ritual con asas de mano y el cazo de tipo chipriota, aun con la reserva que impone la falta de datos a la espera de su publicación definitiva, nos remite a un ritual relacionado con los sectores dirigentes de estas comunidades indígenas y que nos recuerda lo sucedido en el área andaluza, donde estas cámaras funerarias acogen a los individuos pertenecientes a grupos sociales de carácter aristocrático (Martín, 2004: 148-151).

Por otro lado ya hace varias décadas se realizó un análisis del contenido de una de las ánforas del Cerro de San Lorenzo, la cual, a tenor de los resultados obtenidos, habría almacenado en su interior una resina de tipo balsámico que debió ser colocada a modo de ofrenda (Fernández de Castro, 1987: 133). En cuanto a las ofrendas faunísticas documentadas nos advierten del consumo de ovicápridos, conejos y jabalíes, siendo posible citar también la aparición de conchas marinas que no parecen haber sido empleadas como objetos de adorno personal. Nada sabemos, como dijimos, acerca de la edad, el sexo o las enfermedades que padecieron las personas enterradas en estas sepulturas, salvo la presunta adscripción al sexo

femenino de un individuo documentado en el Cerro de San Lorenzo, para lo que se ha venido valorando como único indicio la presencia en dicha tumba de un par de pendientes -figura 7- (Fernández de Castro, 1987: 133), Sin embargo, la realidad nos muestra lo compleio v hasta erróneo que puede resultar atribuirle sexo a un individuo tomando como base elementos de la cultura material v no los antropológicos, máxime en la Antigüedad, cuando los hombres llevaban tantos o más aditamentos que las mujeres, algo que, a simple título de ejemplo, podemos comprobar en la necrópolis tartésica de Cerrillo Blanco, la cual ha sido datada en el siglo VII a. C. y donde el único peine de marfil usado para sostener un peinado se encontró precisamente en una tumba masculina (Torrecillas, 1985: 107). Por ello, y sin que en este caso concreto se niegue la posibilidad de tal aseveración, se hace del todo punto necesario disponer de análisis que aclaran tales aspectos.

Conclusiones

En términos generales podemos decir que la información disponible es bastante reducida v no siempre con la precisión que desearíamos, sobre todo si lo comparamos con la que han aportado los enterramientos fenicios situados en la vertiente septentrional del Estrecho. Esta deficiente información sobre algunos de ellos como sucede, por ejemplo, con los supuestos hipogeos de Lixus, hace que no podamos estar completamente seguros acerca de si se trata, en efecto, de tumbas donde se enterraron semitas o bien nos hallamos ante sepulcros de indígenas que muestran cierta influencia oriental y cuya presencia está bien documentada en toda la región tangerina (Ponsich, 1967: 37-200; Kbiri, 2000; 1186-1190), v para lo que en la actualidad resulta imprescindible establecer una mayor sistematización en su estudio que incluva los recientes descubrimientos (Souvillé, 1968; 40-57; Kbiri, 2006; 49), En consecuencia, el análisis de las tumbas indígenas (figura 8) se nos muestra como un elemento fundamental para poder delimitar cuáles son, efectivamente, fenicias, exactamente al igual que ha sucedido en el ámbito colonial andaluz (Martín et alii, 1991-92: 310-315).

Como vemos hay casos en los que se desconoce el poblado con el que estuvo relacionada una necrópolis, si bien en otros donde tenemos abundante información sobre el lugar habitado aún no se han encontrado sus sepulturas. Este hecho se torna más acuciante, si cabe, en lo concerniente al asentamiento ubicado en la isla de Mogador cuyas necrópolis, pues no olvidemos que este enclave ofrece dos fases como son los siglos VII-VI a. C. de un lado y de otro el siglo IV a. C., debieron estar emplazadas desde nuestra óptica en tierra firme y no en la propia isla, paralelizándose más a lo que vemos en Tiro o el Cerro del Villar que a lo que acontece en Rachgoun, donde cementerio y hábitat comparten un mismo espacio físico.

En cuanto a sus cronologías cabe indicar que, con los datos existentes, abarcarían desde los siglos VII-VI A. C., caso de Rachgoun, hasta la conquista romana, como podemos ver en Lixus o el cerro de San Lorenzo, siendo algunas difíciles de datar. Estas cronologías parece ser, siempre con las debidas reservas, algo más recientes que en el caso de la orilla norte como vemos en la fecha que se asigna las tumbas de cistas de Lixus, que en Cádiz aparecen en contexto más antiquos. En relación con este hecho cabría señalar que la cronología asignada a las cámaras subterráneas localizadas en Ras Achacar, Mogogha y Lixus, como es el siglo V a. C., resulta ser igualmente algo más reciente que la otorgada para este mismo tipo de enterramientos colectivos en el caso hispano. donde han podido ser excavadas de manera metódica fechándose entre los siglos VII-VI a. C. v cuvo uso perdura hasta una centuria después pero sin que se detecten nuevas construcciones a partir del VI a. C. Así pues, a la vista de la carencia de ajuares y a la espera de la publicación del hipogeo de Lixus, guizás lo más aconseiable sea elevar la cronología de estas tumbas al menos en una centuria, a no ser que de ello deba deducirse la existencia de procesos evolutivos con distintas fechas en la sociedad fenicia de uno v otro lado.

Otro dato importante que podemos comprobar es la existencia de claras desigualdades sociales que vendrían dadas por la presencia de un grupo aristocrático que muestra su poder v estatus en sus enterramientos, como

denota la monumentalidad de sus cámaras funerarias y los elementos de aiuar con que se hacen acompañar. los cuales integran elementos metálicos importados a semeianza de lo que vemos en Andalucía (Martín, 2004: 159). Ahora bien, es necesario tener presente que la identificación de estas desigualdades sociales no siempre se ven directamente refleiadas en el ámbito funerario fenicio, pues a partir del siglo VI a. C. se percibe una tendencia a disminuir progresivamente la riqueza en los aiuares depositados en las sepulturas (Martín, 2007: 213), lo que dificulta en gran medida su estudio



(figura 7) Pendientes de oro hallados en la necrópolis de Cerro de San Lorenzo (Fuente: E.



(figura 8) Sepulturas indígenas de la región de Tánger (Fuente: M. Ponsich).

para los siglos más cercanos al cambio de Era como pueden ser Lixus y Cerro de San Lorenzo.

Finalmente debemos mencionar la profunda relación que se establece entre estas necrópolis y las del otro lado del Estrecho, no sólo en el ámbito que podríamos considerar como estrictamente fenicio, sino también con otros cementerios indígenas como ponen de manifiesto los análisis estadísticos realizados sobre la isla de Rachgoun, la cual muestra una fuerte vinculación con los cementerios tartésicos del Bajo Guadalquivir (Esquivel et alli, 2000: 1174-1175). Por ello se ha planteado que, junto a los fenicios, no sería extraño ver implantados en sus asentamientos a individuos indígenas cuya cuantificación por el momento resulta imposible, quienes habrían llegado desde el sur de la Península Ibérica (Arteaga, 1987: 224-225).

Queda claro que todas estas necrópolis se vinculan, más que con la vecina Cartago como insistentemente se había venido insistiendo en la historiografía sobre el tema (Ponsich, 1998: 167; Bello, 2005: 56-75), con las colonias situadas al norte, configurando en su conjunto el denominado Círculo de Estrecho (Fernández-Miranda, Rodero, 1995, 4 y 14; Ramón, 2006: 199-200), como ponen de manifiesto algunos de los materiales que integran sus ajuares, e incluso en algún caso concreto, como puede ser la necrópolis de Rachgoun, no cabría descartar la presencia de contingentes poblacionales indígenas llegados desde el área tartésica.

No queremos finalizar estas líneas sin aludir siquiera a la total falta de análisis de carácter paleoantropológico y paleopatológico realizados sobre restos fenicios de este amplio territorio, lo que sin duda nos priva de disponer de una serie de datos de vital importancia, como efectivamente ha podido comprobarse en otros ámbitos del Mediterráneo en los que se instalaron estos colonizadores orientales y donde sí se han llevado a cabo.

En definitiva, podemos afirmar que el mundo funerario fenicio occidental localizado en la orilla meridional del Estrecho de Gibraltar nos permite, a pesar de la indudable

necesidad de disponer de un mayor y mejor registro arqueológico, entrever la existencia de unas fuertes relaciones con la otra orilla, como no podía ser de otra forma, a la par que nos habla de la existencia de desigualdades sociales en su seno y de la posible presencia de individuos indígenas peninsulares instalados en estas colonias del sur del Círculo del Estrecho.□

Bibliografía

ARANEGUI GASCÓ, C.; TARRADELL-FONT, N., (2001), "Lixus colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Apuntes para una historia de la investigación arqueológica", en Lixus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Anotaciones sobre su ocupación medieval. Valencia: 9-34.

ARTEAGA, O., (1987), "Perspectivas espacio-temporales de la colonización fenicia occidental. Ensayo de aproximación", en Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo Ibérico, Jaén: 205.228.

AUBET SEMMLER, M. E., (1986), "Contactos culturales entre el Bajo Guadalquivir y el noroeste de África durante los siglos VII y VI a. C.", en Gli interscambi culturali e socia-economici fra l'Africa settentingale el Europa meditarranea Nanoli: 100-144

BELLO JIMÉNEZ, V. M., (2005), Allende las columnas. La presencia cartaginesa en el Atlántico entre los siglos VI y III a. C., Las Palmas de Gran Canaria.

ESQUIVEL GUERRERO, J. A.; MARTÍN RUIZ, J. M.; MARTÍN RUIZ, J. A., (2000), "Estudio estadístico de la necrópolis del Faro de la isla de Rachgoun, Orán (Argelia)", en Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Cádiz, vol.III: 1171-1176.

FERNÁNDEZ DE CASTRO, R., (1987), "Las necrópolis púnica y romana de Melilla", Aldaba, 9: 127-136.

FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; RODERO, A., (1995), "El Círculo del Estrecho veinte años después", en Actas del II Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar, Madrid, vol.1: 3-20.

FIDEL, F., (1916), "Melilla púnica y romana", Boletín de la Real Academia de la Historia, 68, pp.544-548.

FUENTES ESTAÑOL, M. J. (1986), Corpus de las inscripciones fenicias, púnicas y neopúnicas de España, Madrid.

GARCÍA Y BELLIDO, A., (1951), "Últimos hallazgos arqueológicos en el Marruecos español: Livus". Archivo Español de Arqueología, 24: 232-235.

GOZALBES CRAVIOTO, E., (1991), La ciudad antigua de Rusadir. Aportaciones a la Historia de Melilla en la Antigüedad, Melilla.

JONGELING, K.; KERR, R. M., (2005), Late Punic Epigraphy, Tübingen.

KBIRI ALAONI, M., (2000), "A propos de la chronologie de la nécropole d'Ain Dalia Ladbira (région de Tânger, Mârco)", en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, vol.III: 1185-1195.

LÓPEZ PARDO, F., (1995), "Aportaciones a la expansión fenicia en el Marruecos atlántico: alimentos para el comercio", en Actas del II Congreso Internacional El Estrecho de Gibrattar, Madrid, vol.II: 99-110.

LÓPEZ PARDO, F.; RUIZ CABRERO, L. A., (2006), "Marinos, comerciantes y metalúrgicos en Kerné (Mogador): la onomástica", *Mainake*, XXVIII: 213-241.

LÓPEZ PARDO, F.; MEDEROS MARTÍN, A., (2009), La factoria fenicia de la isla de Monador y los pueblos del Allas Toporifo.

MARTÍN RUIZ, J. M.; MARTÍN RUIZ, J. A.; ESQUIVEL GUERRERO, J. A.; GARCÍA CARRETERO, J. R., (1991-92), "Una aplicación del análisis cluster a las necrópolis tartésicas y fenicias: contraste y asociación", Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 16-17, Granada, pp. 303-324...

MARTÍN RUIZ, J. A., (2004), Los fenicios en Andalucía, Sevilla

PESERICO, A., (1996), Broche a fungo fenicie nel Mediterraneo. Tipología e cronología, Roma.

PONSICH, M., (1967), Nécropoles phéniciennes de la région de Tánger, Tánger.

RAMÓN TORRES, J. (1992), Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental, Barelona.

SOUVILLE, G., (1968), "Los monumentos funerarios preislámicos de Marruecos. Ensayo de clasificación y distribución", Ampurias, XXX: 39-61.

TARRADELL, M., (1950), "Hipogeos de tipo púnico en Lixus (Marruecos)", Ampurias XII: 250-256.

TARRADELL-FONT, N.; RUIZ CABRERO, L. A., (2005), "Numismática y Epigrafía prelatina", en Lixus-2. Excavaciones arqueológicas marroco-españolas en la colonia fenicia. Campañas de 2000-2003, Valencia: 183-198.

TEJERA GASPAR, A., (1979), Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo occidental. (Estudio tipológico), Sevilla.

TORRECILLAS GONZÁLEZ, J. F., (1985), La necrópolis de época tartésica del Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén), Jaén.

SAVIO, G., (2004), Le uova di struzzo dipinte nella cultura punica, Madrid

VIDAL, J., (2003), "Materiales para el estudio de la piedad popular fenicio-púnica en la Península Ibérica: la antroponimia", Ilu. Revista de Historia de las Religiones, 8: 201-212.

VUILLEMOT, G., (1955), "La Nécropole punique du phare dans l'Île Rachgoun (Oran)". Lybica, III: 7-76.